AÑO XXXII. MÉXICO, JUEVES 24 DE ABRIL DE 1902. NÚM. 90.

"La Voz de México"
Se publica todos los días excepto los siguientes á los festivos

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN PAGADERA EN MÉXICO:
Por un mes en la Capital . . . . ps. 1 00
Por un trimestre adelantado, en los Estados, libre de porte 3 25
Por un bimestre adelantado, en el Extranjero, oro 3 00

NUMERO DEL DIA, 3 CENTAVOS.
Números atrasados, 6 centavos.

La Voz de México

DIARIO POLÍTICO Y RELIGIOSO, ÓRGANO DE LOS CATÓLICOS MEXICANOS.

Puesto bajo la Protección de la Santísima Virgen de Guadalupe.

JUSTITIA ELEVAT GENTES; MISEROS AUTEM FACIT POPULOS PECCATUM.—*Prov. XIV. 34.*

A los Señores Corresponsales se les abonará el 10 por ciento de comisión.

Unicos agentes para avisos en el ramo de Droguerías: en Europa, Sres. Mayence, Favre y Co. 18, Rue de Grange Batelier, París.—Para México los Sres. LABADIE, SUCS. Y COMP., Profesa, 5.
AVISOS: Precios convencionales.

OFICINAS:
CALLE DE CHAVARRIA NÚM. 6.
Apartado, 40 bis.

DIRECTORES:
José María Mellado.—Lic. Miguel Palacios Roji.

Administrador:
MARIANO MELLADO.

OFICINAS DE LA PUBLICACIÓN: MÉXICO. CALLE DE CHAVARRÍA NÚMERO 6 (ALTOS).

✝

Rogad á Dios por el eterno descanso del alma del señor D. Gilberto Jaso, Secretario de redacción de «LA VOZ DE MÉXICO.»

GILBERTO JASO: DESCANSE EN PAZ

Ha muerto para el mundo nuestro compañero de oficina, el señor D. Gilberto Jaso. Todavía está removida la tierra que cubre sus restos mortales y el sepulturero del Panteón de Dolores, acaba de colocar en ella, la tablilla que indica el número de la fosa, en donde espera la resurrección de la carne el último secretario de «LA VOZ DE MEXICO.»

Donde espera la resurrección de la carne, hemos escrito, habituados por la costumbre; pero eso no es verdad, porque, en los tiempos modernos, los pobres no somos dueños ni de los pocos palmos de tierra en que nuestro cuerpo es corroído por los gusanos.

A los siete, á los ocho, á los diez años, cuando más, se exhuman los restos humanos del lugar en que yacen y se arrojan á la fosa común, dejando libre el espacio de la necrópolis para que lo ocupe otro cadáver, también por un corto período de tiempo, que no es ni el promedio de la vida del hombre.

En tal suceso hay una lección saludable para los supervivientes. La enseñanza es grave y muestra que el barro de que estamos formados no es ni acreedor á la perpetuidad del descanso. Se guarda el cadáver mientras se efectúa la descomposición, porque es peligroso tenerle al aire libre; después, se deja que el viento arrebate las cenizas mortales y las lleve ¡sabe Dios á dónde!

Pasada una semana de años, la carne de Gilberto Jaso estará convertida en polvo, y sus huesos, áridos, paleados por los peones que constantemente remueven los sepulcros de tiempo cumplido, irán á confundirse con la muchedumbre muerta. El humilde escritor no oirá en el seno de una marmórea tumba la trompeta que debe llamarnos para comparecer al juicio universal. ¡Pobres de los pobres!

No. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: así nos lo dijo el divino Maestro en el hermoso sermón de la montaña, y Gilberto Jaso fué uno de esos pobres. Está comprendido en el número de los que Jesús santificó con su augusta promesa.

Fué pobre de espíritu, porque nunca anidó en su corazón la soberbia, porque jamás su voluntad tuvo rebeliones contra los designios de Dios que lo colocaron en humilde esfera, y porque las vanidades del mundo no encendieron en su alma la llama de torpes deseos.

Cuatro años, día con día, excepción de los festivos, ha estado con nosotros trabajando en el mismo aposento y muchas veces, hasta en la misma mesa. En el transcurso de ese tiempo pudimos tomarle el pulso para estudiar su carácter y encontramos que padecía la misma dolencia que afecta á los que hemos dado en llamar bohemios en el mundo de las letras.

Un pensamiento delicadamente expresado, una idea vestida con el ropaje culto de la frase, un efectismo producido por los alambicamientos del raciocinio, tenían para nuestro compañero de labores más valor que cualquiera combinación mercantil de seguros resultados pecuniarios.

No por esto se crea que lo consumía la fiebre de figurar en el catálogo de los intelectuales. Trabajaba por amor á las letras, unas veces, y siempre en cumplimiento de los deberes que le imponía su cargo. Los efímeros elogios no le desvanecieron ni le pidió á la veleidosa fortuna otro elemento que el necesario para su propia subsistencia.

Apóstol del periodismo, soñaba en su eficacia, y cuando oía voces de aliento, encaminadas á buscar la realización de algún ideal por medio de la propaganda hecha en la prensa, se alistaba voluntariamente en las filas de los luchadores, sin pensar ni en el peligro ni en la recompensa.

Era progresista dentro del dogma católico y rendía el homenaje de su admiración á la gran pléyade de sabios, de poetas y de filósofos del siglo diecinueve. Sus convicciones políticas se ajustaban perfectamente á la doctrina de la democracia enseñada por su Santidad León XIII.

Hijas de sus creencias religiosas, de su fervor patriótico, de su entusiasmo por la amistad y de su culto á la gratitud, nos quedan algunas de sus estrofas; entre otras, y fueron las últimas que escribió, se encuentran las preciosas décimas, dedicada á la niña Natalia Josefina Mellado, que vieron la luz pública en «La Voz de México» el día 19 del próximo pasado Marzo.

Todos sus escritos, pero especialmente los que quedan en las páginas de «La Ciudad de Dios», son expansiones de su alma, impulsos de su corazón y reflejos de su pensamiento. Esas producciones, en medio de nuestra edad actual que parece asfixiada por el calor del positivismo dominante, respiran la fragancia aromática de un espíritu creyente: son, por decirlo así, su testamento literario; testamento de alta trascendencia en la propaganda católica, y en el que marca cuál debe ser el lazo entre la sociedad y la religión, entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, para que existan ilusiones en la cuna y esperanzas en el sepulcro.

No es nuestra época, y mucho menos nuestra patria, protectora de los que cultivan las letras cristianas, formando el gran libro del periodismo, en donde recogerán, las sociedades del porvenir, tesoros abundantes de luz histórica; y por eso es que Gilberto Jaso, vapor sorprendido en el ambiente por una ráfaga huracanada, se desvanece en medio de nosotros, sin que nadie venga en su auxilio, siquiera sea para pagarle un sepulcro á perpetuidad.

Su cuerpo dormirá unos cuantos años á la sombra de una cruz, y después el azadón perturbador de la paz de los sepulcros, sacando de allí las cenizas mortales del pobre luchador, las arrojará á la lucha perpetua de los elementos, hasta el día en que el Padre Celestial, de la inmensa sementera formada por todo el globo de la tierra, recoja el grano como se recoge la madura mies.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

Bienaventurado Gilberto Jaso: firmemente creiste en estos dos augustos dogmas: la inmortalidad del alma y la resurrección universal; tu cuerpo resucitará incorrupto, porque perteneces á la herencia de Jesucristo y tu espíritu, pobre de aspiraciones, ha entrado en posesión del reino de los cielos.

MIGUEL PALACIOS ROJI.

Monseñor Alva y los cómicos.

La «Bandera Católica,» periódico de Zacatecas, publica, por alcance con fecha 20 del mes en curso, el artículo que sigue:

El Sr. D. Francisco Solórzano, ha presentádosenos con su compañía de la peor manera. Ofreció en su elenco piezas del género chico, es decir, sainetes y juguetes cómicos, cuya inmoralidad ha denunciado la prensa de la capital; y anunció, como notabilidades, La Tósca y La Electra, reprobadas y condenadas por muchos Ilmos. Sres. Obispos, por la prensa católica y aun por la liberal. Con estos precedentes nada extraño es que el Sr. Solórzano haya tenido tan mal éxito en todas las representaciones.

En el derecho y aun la obligación del dignísimo Sr. Obispo de Zacatecas, estuvo el prohibir, como lo prohibió, en su Edicto del 12 del actual, la asistencia de los católicos á las representaciones de Tosca y Electra; pero usando de caridad el Ilmo. Sr. Obispo comisionó al Sr. Lic. D. Francisco Llamas Norlega para que hablara sobre el particular al Sr. Solórzano, quien contestó que Tosca nada tenía de inmoral, como se convencería de ello el Sr. Obispo por el libreto que prometió mandarle, é indicó no se daría la representación de Electra. Según estamos bien informados ni con lo uno ni con lo otro cumplió el Sr. Solórzano, pues ni mandó el libreto y Electra está anunciada, en grandes cartelones, para darse próximamente.

No faltó quien oportunamente facilitara al Ilmo. Sr. Obispo el libreto de Tosca, que en verdad no lo necesitaba, pues la prensa ha denunciado la profunda inmoralidad de tal pieza y su ningún mérito literario, y vista la resolución del Sr. Solórzano, publicó el Ilmo. Sr. Obispo su respetable Edicto.

El fiasco para el Sr. Solórzano fué completo y ya se habrá desengañado que no es tan fácil pisotear á la digna sociedad zacatecana.

Lamentamos que la respetable voz del Prelado no hubiera circulado, por premura del tiempo, tan profusa y oportunamente como era de desearse, pues no tememos asegurar que por ignorancia del Edicto asistieron las familias de D. Francisco del Hoyo, del Sr. Jacques, de D. Angel Valle y del Lic. Carrillo, no pudiendo decir lo mismo de la de D. Tomás Lorck y del Lic. D. Benito Garza, cuyas ideas jacobinas son bien conocidas, siendo, pues, la concurrencia de algunos señores, no todos mexicanos.

Irritado el Sr. Solórzano, pretende ahora, según se asegura, demandar al Ilmo. Sr. Obispo; y ha resuelto dar la Electra, para lo cual y vista la reprobación general, algunos se han propuesto reunir donativos para regalar boletos á fin de que haya público.

Haremos constar, tan luego como llegue á nuestro conocimiento, los nombres de esos individuos.

En cuanto al mérito literario de la Electra, hé aquí por ahora, lo que dijo un gran jacobino.

«Electra, dice, es bien mediana como obra dramática, y basta oirla una vez para tomarle sabor, como que es un tejido de inverosimiltudes, comenzando por el carácter extravagante de la protagonista. . . . . Ni los mejores actores la salvan del fastidio que producen algunos largos diálogos, ni del desconsuelo que causa ver representado en el teatro lo que no pasa ni puede pasar en la vida ordinaria.»

Otro giro pretendía dar el presente escrito, cuando hé aquí que cae á mis manos un papelucho, intitulodo «Al Público» y firmado por la Empresa.

Es un llamamiento que hacen unos tontos despechados al partido progresista, para que vaya á solazarse con lo que el come-curas aquel califica de inverosimiltudes, y vuelve á divertirse el ilustre elemento liberal con lo que causa desconsuelo y fastidio, según el sentir del mismo jacobino pero que la señora Empresa tiene por selecto para engañar lobos.

En ellos fija su esperanza doña Empresa, y veremos quienes son los tontos caritativos, que ayuden á sacarla de los apuros que por su puro querer se contrajo, pues que si hubiera hecho caso de las justas reflexiones que se hicieron á Solórzano, á ejemplo de Montiel, representante de la Peralta, y atento al fracaso que sufrió Garrido, «otro gallo cantara á la Empresa,» porque la sociedad, justamente reconocida, como lo fué con Montiel, no se hubiera retirado del teatro.

Y no retrocede «La Empresa» intenta hacernos el beneficio de que unos farsantes completan la obra, dice, que no pudo concluir el divino Nazareno. ¡Oh y cómo no se le ocurrió al divino Nazareno! ¡hipócritas! reunir á una compañía de cómicos para que le ayudara.

Un periódico liberal trae un grosero reto que lanza contra la sociedad zacatecana; y un insulto soez que vomita descaradamente contra la religión católica; insultos y groserías que rechazamos enérgicamente á nombre de esta misma sociedad y del pueblo entero, tan vilmente ultrajados en lo que más ama: su religión.

El mismo papelucho dice claro lo que es Electra, y por ello la justicia con que ha obrado nuestro Ilmo. señor Obispo al prohibir concurramos los católicos al teatro. El origen de Electra es este: En una reunión de masones acordaron estos pagar al masón Pérez Galdós para que compusiera una obra contra la Iglesia Católica, y la obra salió, como debía de salir del inmundo cerebro de un masón bien pagado, es decir, un desvergonzado tejido de mentiras, de insultos y calumnias contra la respetable clase sacerdotal tan mal zurcido todo, tan torpemente inventado, que otro masón también, la tachó como lo vemos en el párrafo copiado de «La Patria» de un tejido de inverosimilitudes, de lo que no pasa ni puede pasar en la vida ordinaria.

Y con esto y con el fastidio que causa (vuélvase á leer el párrafo copiado), y con el carácter extravagante de la protagonista, pretenden los cómicos que forman la Empresa «hacer rodar,» dicen, entre el estrépito del aplauso, los negros alcázares del fanatismo, esto es, de la religión católica.

Oh! aplaudirán los necios, los tontos, pero no los católicos, que sabremos corresponder á los insultos con insultos, como lo han hecho en muchas partes, ó con el aislamiento, que es la mejor y única solemne protesta que debe hacerse contra la inconveniente representación de Electra.

Así lo esperamos de nuestra culta sociedad y del pueblo entero. (1.)

Fuera los provocadores, fuera los detractores, fuera los difamadores de nuestros eclesiásticos. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera los insolentes!

(1) Suplico á toda clase de personas me den noticia de los que han andado pidiendo y de los contribuyentes, y especialmente de quiénes fueron los asistentes al teatro, pues es preciso deslindar los campos.

Democracia Cristiana

En el terreno filosófico, así como en el político, se ha disputado en demasía desde hace muchos siglos, sobre el sistema de procurar al hombre el mejor medio de vivir en el goce de la vida social bajo la egida del gobierno más bien constituido.

En los primeros tiempos del mundo fueron gobernados los pueblos por patriarcas que derivaban su autoridad de la de Dios, como jefes de las familias sobre las cuales ejercían su poder, de una manera absoluta y bajo los regímenes de su conciencia, que no reconocía más ley que la natural. De esta manera simplísima se presentó en el mundo la forma de la autoridad del hombre, siendo la más *perfecta por su divino origen y dignidad altísima.*

Multiplicadas y diseminadas por el haz de la tierra las familias, en el orden privado continuaron regidas bajo el mismo principio de autoridad patriarcal, mas en sus relaciones públicas fueron gobernadas por monarcas y caudillos que las imponían la ley y dirigían á la consecución de sus destinos, sometidas al principio de unidad en el poder.

Constituidas las naciones con gobierno y territorio propios, al cabo de terribles luchas que decidió la fuerza casi en todas las ocasiones, y en otras los principios eternos é inmutables de justicia natural, impresos por la mano de Dios en el hombre y conservados en la legislación del gran pueblo hebreo, depositario á la vez de la fidelísima historia del mundo, de las tradiciones y de la religión única verdadera, se prescribieron reglas en consonancia más ó menos remota con tales principios.

Y de aquel pueblo singularmente privilegiado nació el Salvador del mundo, predicando y sellando con su sangre la religión católica, que reconociendo á Dios por Padre, convirtió en hermanos á todos los hombres, y estableció entre ellos la más perfecta de las igualdades, la de los hijos, con identidad de derechos, mas con desigualdad de destinos, de dones y prerrogativas, según sus designios y los estados de perfección adquiridos por los hombres en la práctica de la virtud.

Establecida por el cristianismo la confraternidad universal, bajo los mismos principios de orden y de moralidad, y proclamando á Dios Supremo Señor de las sociedades, las religó con El, teniendo por campo de acción el universo mundo y por patria el cielo: la humanidad relacionada con la divinidad en Cristo Dios y hombre, en su temporal tránsito por la tierra hacia la gloria de suprema é inacabable felicidad.

«¡Cosa extraña! exclama Montesquieu: La religión cristiana, que parece no tener por objeto sino la felicidad de la otra vida, hace también nuestra dicha en ésta.» El catolicismo elevó la conciencia por la justicia, la moralidad y el honor; la inteligencia por la revelacion, la ciencia, las artes y la verdad pura y cierta en artes, ciencias y revelación; y el corazón por el orden, delicadeza de sentimientos y práctica de las virtudes, desde las más sencillas y al parecer triviales hasta las más grandes, heróicas y sublimes que llevan y arrebatan al hombre hasta Dios, autor único y soberano de todo lo bello y de todo lo verdadero.

Hé aquí la democracia cristiana. Iguala los hombres en Cristo y los levanta por el bien y la virtud hasta el mismo Dios, que los sacó de la nada y los conserva para su gloria. Esto constituye el sistema de gobierno del pueblo por Dios, el reinado social de Jesucristo en las naciones.

CATOLICO

En estos calamitosos tiempos en que todos los nobles ideales se han pervertido y los sentimientos generosos se corrompen más y más cada día, ¿se conoce siquiera lo que significa ser católico?

No se crea que somos en esta materia pesimistas, ni que usamos tan sólo por vía de fórmula sacramental del periodismo lo de «los calamitosos tiempos modernos;» no somos los primeros en confesar que no es tan sólo un hacinamiento informe de escombros en el orden moral y religioso nuestra sociedad; confesamos y con verdadera satisfacción que, en medio de la perversidad del desequilibrio científico y moral, de la grita que levanta la impiedad, del excesivo deseo de progreso puramente material, fundado en los principios del positivismo, en medio de esas turbas sedientas de saberlo todo que se agitan vertiginosas, excitadas por una voz que les dice, como en otro tiempo se dijo al genero humano: «Adelante, progresad, ilustraos, «seréis conocedores del bien y del mal» y después . . . sobre las cenizas de las rancias preocupaciones religiosas y sobre las ruinas del clericalismo derrotado, se levantará majestuoso el reinado de los «científicos» y jacobinos, tremolando su bandera azul y roja, enarbolando, en lugar de la cruz, la media luna y ostentando en lugar de las sotanas las mitras, el triángulo, las estrellas, el compas y el mandil. En medio de todos estos males, repetimos, se conservan como restos de nobles abolengos, como rocas miliarias que revelan el paso de Dios sobre la tierra, algunas almas buenas, espíritus fuertes á quienes no ha logrado atraer el fausto moderno, pensadores inflexibles extasiados por la luz mirífica de la verdad, á quienes no ha podido fascinar el fatídico brillo de la ciencia perversa; figuras radiantes con luz del Calvario que esparcen sus deleitosas claridades diluyendo las sombras del moderno error.

Sin embargo de todo esto ¿cuántos católicos por convicción en su principio, que tuvieron la dicha inmensa de nacer en tierra empapada con la sangre de Cristo y de recibir con la tibia caricia de la santa madre las primeras nociones del Dios de los cielos y la tierra, cuántos cuya alma bañada un día en las límpidas aguas del bautismo, vertida con la veste inmaculada de la creencia, recibieron el ósculo divino que imprimió en ellos la imagen veneranda y augusta de la adorable Trinidad y después . . . estos católicos de origen, cristianos de abolengo, creyentes de convicción, cuantos decimos, han apostatado miserablemente, hipnotizados por los fuegos fatuos del progreso moderno, vencidos por alguna vergonzosa pasión ó dominados por «el que dirán» ó por el excesivo deseo del lucro, de la grandeza y de los puestos públicos; cuántos se han afiliado francamente al partido de Lucifer, ó al menos han formado una religión «suigéneris» acomodaticia, mezcla incoherente de luz y de tinieblas, de Cristo y de Belial, de «catolicismo y liberalismo,» de tal manera que al dirigir tristemente una mirada al fondo tenebroso de sus almas y preguntar ¿de quién es esta imagen? se puede duda si es del César ó de Dios.

Hé aquí por qué es sumamente necesario que el periodista católico, presente á la faz del mundo la verdadera noción de Catolicismo que tanto han pervertido, y presente esa espléndida figura de Cristo que esparza sus rayos divinos por el mundo para que los buenos no se dejen engañar, y para que los malos, iluminados por los fulgores de esa luz, vean el abismo en que néciamente han caído, y golpeándose el pecho caigan de rodillas pidiendo misericordia.

ESTUDIOS DE LA

Sagrada Escritura

Varios pasajes de las Sagradas Letras y de las leyes de la Iglesia acreditan la urgente necesidad que tiene el sacerdote de conocer aquellas. Tales pasajes son seguramente bien sabidos por nuestros ilustrados y venerables subscriptores.

En tal virtud, sólo traeremos á la memoria lo que aquel «libro de oro,» (así apellida el Sr XIII al Catecismo Romano.) nos enseña acerca de la ciencia que debe adornar al sacerdote. «Requiérese dice el mencionado Catecismo, que sepa, no sólo aquellas cosas que pertenecen al uso diario de los sacramentos, sino también, que esté tan instruído en la ciencia de las Escrituras, que pueda enseñar al pueblo los misterios de la fe cristiana y los preceptos de la ley divina, estimular á los fieles á la virtud y piedad, y apartarlos de los vicios: «Practerea, in sacerdote non solum ea coguitio requirenda «est quae ad Sacramentorum usum et «tractationen pertinet, sed etiam sacra«rum Latter aram scient a ita inst actum «est oportet, ut popuio christianae fidej «mysteria et divinae legis praecepta tra«dere, ad virtutem et pietatem invitare, «a viitis revocare fideles possit.»

Además, por tratarse de un documento comparativamente reciente, recordaremos lo que el ya citado Pontífice encarece al clero de Francia, en la notabilísima encíclica que, á 8 de Septiembre de 1899 con paternal amor y singular benevolencia le dirije, y lo cual reza á no dudarlo, con todo el resto del sacerdocio católico, como quiera que militen idénticas razones. Oigamos cómo se expresa: «La Teología dogmática, dice, y la moral, la Sagrada Escritura, etc., estas son las ciencias propias del sacerdote.

Debe, pues, éste, conocerlas y principalmente la Escritura, porque, como se enseña en el mismo documento en que venimos ocupándonos, en los diáfanos manantiales de aquélla, juntamente con las doctrinas de los Papas y los decretos de los Concilios, se alimenta la Teología.

Entonces si podrá el ministro del Señor, á ejemplo de Beseleél á quien el mismo Señor había dado su espíritu de sabiduría, confiándole la misión de edificar el templo, «tallar las piedras preciosas de los divinos dogmas, engastarlas con arte, y por el encadenamiento en que las coloque, hacer que resalte su brillo, su encanto y su belleza.» «Pretiosa divini dogmatis gemmas insculpe, fideliter coapta, adorna sapienter; adiice splendorem, gratiam, venustatem.» (S. Vincent Lyrin, Commonit. c. 2., apud eamd. Encycl.) Si bien se mira, hay, como sabemos todos, uno entre nuestros libros inspirados que en magnífico resúmen encierra todos los demás, y es, el salterio de David. Así lo enseña el Doctor Angélico, afirmando que aquel contiene todos los libros morales, proféticos é históricos del Antiguo y Nuevo Testamento: del Antiguo: «per modum laudis» y del Nuevo: «per modum prophetiae;» y que por esta razón, el mencionado salterio es el libro por excelencia de la oración de la Iglesia. Aquí resalta, sin duda una de aquellas amorosas condescendencias del Señor, principalmente con el sacerdote, á quien, como circunstancias de lugar y tiempo le impiden á veces consagrarse á un estudio profundo de toda la divina Escritura, le ofrece en los salmos, como dice el Padre Lacordaire, «un tesoro de donde pueda sacar las aspiraciones que le conducen al altar; una arca que le acompaña así en los peligros del mundo, como en los desamparos de la meditación.